

de 3 de Octubre, porque siendo hombres de corazón y de conciencia, sólo temían al cadalso de la Historia.

Del primero [podían escapar, como realmente escaparon; del segundo no habría poder humano que lograra libertarlos, como no hay ni habrá poder que destruya de la conciencia de los perjuros al fantasma del remordimiento; ni riachuelo, ni lago, ni vertiente, que logre con sus aguas borrar la mancha que llevan en su frente, como un estigma de fuego que no les permitirá la entrada al templo de la gloria.

El decreto de 3 de Octubre autorizó á Bazaine para que á su vez expidiera una circular reservada que no puedo calificar, porque no he encontrado en el diccionario de la lengua, frases apropiadas á los calificativos que la circular mereciera.

Me limito á llamar la atención sobre que el mismo Bazaine se avergonzó de su obra y con un resto de pudor, escribió la siguiente nota al pie de la circular.

“Esta circular no se copiará en los libros de órdenes; sólomente se pondrá en conocimiento de los señores oficiales.”

Todo comentario estaría por demás: ruego solamente á mis lectores se fijen en los términos de todos y cada uno de los documentos que en seguida inserto:

#### CONSEJO DE ESTADO.

“Mexico, 3 de Octubre de 1865.

«Señor:

«Tengo el honor de acompañar á V. M. copia del acta del Consejo pleno, en sesión celebrada ayer ante V. M. para el proyecto de ley contra guerrilleros y malhechores.

«Soy, con el mayor respeto, de V. M. I., muy obediente servidor.

«Señor:

«El Presidente del Consejo de Estado, *José María de Lacunza*.

«A S. M. El Emperador Maximiliano I.

«En cumplimiento de la orden verbal de S. M., y bajo su presidencia, se reunieron á las doce de este mismo día, con asistencia del Sr. Ministro de Negocios Extranjeros, los Sres. Presidente Lacunza, y Consejeros Elguero, Fonseca, Lares, Uraga, Ortigosa, Almazán, Cordero, Linares, Cortés Esparza, Saborío y Pérez. S. M. manifestó: que desde que se encargó del Gobierno de la Nación había hecho los mayores esfuerzos para consolidar la paz pública, procurando por medio de repetidos actos de indulgencia, atraer á los disidentes, como lo ha conseguido respecto de todos los hombres exentos de preocupación y animados de verdadero patriotismo; pero que ya no puede seguir el mismo sistema de indulgencia contra los que se obstinan en defender una causa que tiempo ha que había perdido, no solo el asentimiento de una mayoría de la Nación, sino también el apoyo de las leyes que los mismos disidentes invocan, y que ahora no cuentan ni con el más leve pretexto que pudiera servir de excusa, desde que D. Benito Juárez abandonó el territorio nacional: de manera que la guerra que hoy se hace por aquellos, es puramente de vandalismo, y pone al Gobierno en caso de desplegar todas las medidas de rigor que merecen los que se ponen en pugna abierta con la sociedad, atacando sus mas preciosas garantías: que por estas consideraciones se ha decidido S. M. á dar una ley, que cuidará de que sea inflexiblemente observada, y que tiende á reprimir y castigar ejemplarmente á los bandoleros y malhechores. Que en esta ley se abre todavía la puerta al perdón de los que oyendo la voz del Gobierno depusieren las armas y se sometieren, siempre que se aprovechen para ello del término que se señala, el cual será el último; y para que ninguno pueda alegar ignorancia, ha dado sus órdenes á los SS. Ministros para que cada cual procure, en la parte que le concierne, que la ley tenga la más amplia y general publicación. Que con esta ley ha creído conveniente expedir una alocución á los mexicanos, que contiene los motivos y considerandos de aquella.

«En seguida dispuso S. M. que se leyese dicha alocución para conocimiento del Consejo, y así se hizo.

#### MEXICANOS:

«La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juárez, había ya sucumbido, no sólo á la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa, ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.

«El Gobierno Nacional fué por largo tiempo indulgente, y ha



prodigado su clemencia para dejar á los extraviados, á los que no conocieran los hechos, la posibilidad de unirse á la mayoría de la Nación y colocarse nuevamente en el camino del deber. Logró su intento: los hombres honrados se han agrupado bajo su bandera y aceptado los principios justos y liberales que norman su política. Sólo mantienen el desorden algunos jefes descarriados por pasiones que no son patrióticas, y con ellas la gente desmoralizada que no está á la altura de los principios políticos, y la soldadesca sin freno, que queda siempre como último y triste vestigio de las guerras civiles.

«De hoy en adelante la lucha sólo será entre los hombres honrados de la Nación y las gavillas de criminales y bandoleros. Cesa ya la indulgencia, que sólo aprovecharía al despotismo de las bandas, á los que incendian los pueblos, á los que roban y á los que asesinan ciudadanos pacíficos, míseros ancianos y mujeres indefensas.

«El Gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral.

«México, Octubre 2 de 1865.

«*Maximiliano.*»

«*MAXIMILIANO, Emperador de México:*

«Oído nuestro Consejo de Ministros y nuestro Consejo de Estado.

«Decretamos:

Art. 1º Todos los que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen ó no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ellas se dieran, serán juzgados militarmente por las Cortes Marciales, y si se declarase que son culpables, aunque sea sólo del hecho de pertenecer á la banda, serán condenados á la pena capital que se ejecutará dentro de las primeras veinticuatro horas después de pronunciada la sentencia.

«Art. 2º Los que perteneciendo á las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de armas, serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprehensión, el que en un término, que nunca podrá pasar de las veinticuatro horas inmediatas siguientes á la referida aprehensión, hará una averiguación verbal sobre el delito, oyendo al reo sus defensas. De esta averiguación levantará una acta que terminará con su sentencia, que deberá ser á pena capital, si el reo resultare culpable, aunque sea sólo del hecho de pertenecer á la banda. El jefe hará ejecutar su sentencia dentro de las veinticuatro horas referidas, procurando que el reo reciba los auxilios espirituales. Ejecutada la sentencia, el jefe remitirá la acta de averiguación al Ministerio de la Guerra.

«Art. 3º De la pena decretada en los artículos anteriores, solo se eximirán los que sin tener más delito que andar en la banda acrediten que estaban unidos á ella por la fuerza, ó que sin pertenecer á la banda, se encontraban accidentalmente en ella.

Art. 4º Si de la averiguación de que habla el artículo 2º resultaren datos que hagan presumir al jefe que la instruye que el reo andaba por la fuerza unido á la banda, sin haber cometido otro delito, ó que, sin pertenecer á dicha banda se encontraba accidentalmente en ella, se abstendrá el jefe de sentenciar, y consignará al presunto reo con la acta respectiva, á la Corte Marcial que corresponda, para que ésta proceda al juicio conforme al art. 1º.

«Art. 5º Serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1º de esta ley:

«I. Todos los que voluntariamente auxiliaren á las gavillas con dinero ó cualquiera otro género de recursos.

«II. Los que dieren avisos, noticias ó consejos.

«III. Los que voluntariamente y con conocimiento de que son guerrilleros, les facilitaren ó vendieren armas, caballos, pertrechos, víveres ó cualesquiera útiles de guerra.

«Art. 6º Serán también juzgados con arreglo á dicho artículo 1º:

«I. Los que mantuvieren con los guerrilleros relación que pueda importar connivencia con ellos.

«II. Los que voluntariamente y á sabiendas los ocultaren en sus casas ó fincas.

«III. Los que vertieren de palabra ó por escrito especies falsas ó alarmantes, con las que se pueda alterar el orden público, ó hicieren contra éste cualquiera género de demostración.

«IV. Todos los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no dieren oportuno aviso á la autoridad más inmediata del tránsito de alguna banda por la misma finca.

«Los comprendidos en la fracciones 1ª y 2ª de este artículo, serán castigados con la pena de seis meses á dos años de prisión, ó de uno á tres años de presidio, según la gravedad del caso.

«Los que hallándose comprendidos en la fracción 2ª fueren ascendientes, descendientes, cónyuges ó hermanos del oculto, no sufrirán la pena anteriormente señalada; pero quedarán sujetos á la vigilancia de la autoridad por el tiempo que señale la Corte Marcial.

«Los comprendidos en la fracción 3ª de este artículo, serán castigados con una multa desde 25 á 1,000 pesos, ó con prisión de un mes á un año, según la gravedad del delito.

«Los comprendidos en la fracción 4ª de este artículo, serán castigados con multa de 200 á 2,000 pesos.

«Art. 7º Las autoridades locales de los pueblos que no dieren aviso á su inmediato superior, de que ha pasado por dichos pueblos alguna gente armada, serán castigados gubernativamente por dicho superior con multa de 200 á 2,000 pesos ó con reclusión de tres meses á dos años.



«Art. 8º Cualquier vecino de un pueblo que teniendo noticia de la aproximación ó tránsito de gente armada por el pueblo, no diere aviso á la autoridad, sufrirá una multa de 5 á 500 pesos.

«Art. 9º Todos los vecinos de un pueblo amenazado por alguna gavilla que fueren de edad de diez y ocho á cincuenta y cinco años y no tuvieren impedimento físico, están obligados á presentarse á la defensa luego que fueren llamados, y por el hecho de no hacerlo, serán castigados con una multa de 5 á 200 pesos, ó con prisión de quince días á cuatro meses. Si la autoridad creyese más conveniente castigar al pueblo por no haberse defendido, podrá imponer una multa de 200 á 2,000 pesos, y la multa será pagada entre todos los que estando en el caso de este artículo, no se presentaren á la defensa.

«Art. 10º Todos los propietarios ó administradores de fincas rústicas, que pudiendo defenderse no impidieren la entrada á ellas, á guerrilleros malhechores, ó que en caso de haber entrado no lo avisaren inmediatamente á la autoridad militar más próxima, ó que reciban en la finca los caballos cansados ó heridos de las gavillas, sin dar parte en el acto á dicha autoridad, serán castigados por ésta con una multa de 100 á 2,000 pesos, según la importancia del caso; y si éste fuere de mayor gravedad, serán reducidos á prisión y consignados á la Corte Marcial, para que los juzgue con arreglo á ésta ley. La multa será enterada por el causante en la administración principal de rentas á que pertenezca la finca. Lo dispuesto en la primera parte de este artículo, es aplicable á las poblaciones.

«Art. 11º Cualquiera autoridad, sea del orden político, del militar ó municipal que se desentendiere de proceder conforme á las disposiciones de esta ley contra los que fueren acusados de los delitos de que ella trata, ó contra los que se supiere que han incurrido en ellos, será castigada gubernativamente con una multa de 50 á 1,000 pesos; y si apareciere que la falta es de tal naturaleza, que importe complicidad con los delincuentes, será sometida dicha autoridad por orden del Gobierno á la Corte Marcial, para que la juzgue y le imponga la pena que corresponda á las gravedad del delito.

«Art. 12º Los plagios serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1º de esta ley, sean cuales fueren la manera y circunstancias del plagio.

«Art. 13º La sentencia de muerte que se pronuncie por delitos comprendidos en esta ley, será ejecutada dentro de los términos que ella dispone, quedando prohibido dar curso á las solicitudes de indulto.

«Si la sentencia no fuere de muerte y el sentenciado fuese extranjero, cumplida que sea su condena, podrá el Gobierno usar respecto de él de la facultad que tiene para expulsar del territorio de la Nación á los extranjeros perniciosos.

«Art. 14º Se concede amnistía á todos los que hayan pertenecido y pertenezcan á bandas armadas, si se presentaren á la autoridad antes del día 15 de Noviembre próximo, siempre que no hayan cometido ningún otro delito, á contar desde la fecha de la presente ley. La autoridad recogerá las armas á los que se presentaren á acogerse á la amnistía.

«Art. 15º El Gobierno se reserva la facultad de declarar cuándo deban suspenderse las disposiciones de esta ley.

«Cada uno de Nuestros Ministros queda encargado de la ejecución de esta ley en la parte que le concierne, dictando las órdenes necesarias para su exacta observancia.—*Maximiliano*.—El Ministro de Negocios Extranjeros y encargado del de Estado, *José F. Ramírez*.—El Ministro de Fomento, *Luis Robles Pezuela*.—El Ministro de Gobernación, *José María Esteva*.—El Ministro de la Guerra, *Juan de Dios Peza*.—El Ministro de Justicia, *Pedro Escudero y Echanove*.—El Ministro de Instrucción Pública y Cultos, *Manuel Siliceo*.—El Sub-Secretario de Hacienda, *Francisco de P. César*.

Dado en el Palacio de México, á 3 de Octubre 1865.»

Circular.—Número 7729.—Confidencial.—«México, Octubre 11 de 1865.

«Los asesinatos cometidos por los disidentes y la parte que los jefes rebeldes tomaban en estos actos salvajes, poniéndose á la cabeza de bandas que no respetan nada, dan á la lucha que existe hoy entre el poder imperial y el partido juarista, el verdadero carácter bajo el cual debe ser considerada, esto es, la guerra de la barbarie contra la civilización.

«El 18 de Junio de 1865, Arteaga atacó á Uruápam, se apoderó de esta población después de una lucha de treinta horas, y lejos de honrar el valor de los defensores, fusiló sin compasión al Comandante Lemus, al Sub-Prefecto Isidro Paz y á uno de los notables de la ciudad, que había tomado las armas por la causa del orden.

«El 7 de Julio, Antonio Pérez asesinó con propia mano al Capitán Kursroch.

«El 10 de Septiembre, Ugalde sorprendió en San Felipe del Obraje, un destacamento de la guardia municipal de México, é hizo fusilar á seis oficiales.

«En fin, el 7 de Octubre, las bandas reunidas que merodean en la Tierra Caliente de Veracruz, atacaron el tren del ferrocarril en Arroyo de Piedra, y se apoderaron del Teniente de ingenieros coloniales, Triquet, del guarda de artillería Loubet y de seis hombres de tropa. El día siguiente se han encontrado á los nueve cadáveres horriblemente mutilados.

«En presencia de estos actos salvajes, las represalias se han he-



cho una necesidad y un deber. Todos estos bandidos, comprendiendo á sus jefes, están puestos fuera de la ley, por el decreto imperial de 3 de Octubre de 1865.

"Yo os invito á que hagáis saber á las tropas que estén á vuestras órdenes, que no admito que se hagan prisioneros. Todo individuo, cualquiera que sea, tomado con las armas en la mano, será (fusilado) matado. No habrá en lo de adelante ningún canje de prisioneros. Es preciso que sepan nuestros soldados, que no deben rendir sus armas á semejantes adversarios.

"Es una guerra á muerte, una lucha terrible entre la barbarie y la civilización.

"De ambos lados es preciso matar ó hacerse matar.

"El Mariscal Comandante en jefe.—*Bazaine*.

"NOTA.—Esta circular no se copiará en los libros de órdenes; solamente se pondrá en conocimiento de los señores oficiales."

Esta ley infame y la criminal disposición de Bazaine fueron puestas en vigor acto continuo y á los pocos días Arteaga, Salazar, Díaz Paracho, Villagómez y González fueron las víctimas que inauguraron el reinado del terror: á las cinco y media de la mañana del 21 de Octubre de 1865, fueron fusilados en Uruápam aquellos valientes defensores de la libertad del pueblo mexicano.

Aunque el suceso no pasó en la línea de Oriente, creo oportuno copiar el párrafo que á él se refiere de la obra de E. Lefèvre, imparcial por su origen francés, para que se sepa cuál era el porvenir que nos ofrecía el gobierno del llamado Imperio, sobre quien es necesario caiga todo el baldón que sus actos merecen.

"Por su educación, su bizarría, y sobre todo por la bondad con que había tratado siempre á los prisioneros europeos (se refiere al General Arteaga) este General se había hecho de una reputación justamente merecida, y nadie podía admirar su alta graduación, pues un golpe de metralla le había roto las dos piernas á fines de Abril de 1862, en el ataque de las cumbres de Acultzingo por M. de Lorencez.

El Coronel imperialista D. Ramón Méndez le había sorprendido

el 13 de Octubre de 1865 en el pueblo de Santa Ana Anatlán, y hecho prisionero con el General Salazar, 3 Coroneles, los señores Díaz Paracho, Villagómez y Pérez Millana, 5 Tenientes coroneles, 8 Comandantes y varios oficiales subalternos pertenecientes todos como él al ejército regular del país.

Nada diré de las cartas que el General Salazar y otros escribieron á sus madres el día antes de su ejecución, porque estas cartas han sido publicadas ya en Europa; pero daré en pocas palabras los pormenores inéditos aún de su muerte.

Fueron conducidos á pie, como verdaderos criminales, desde Santa Ana Anatlán hasta Uruápam en donde llegaron el 20 de Octubre después de un viaje de 7 días por un país calcinado por el sol de la zona tórrida.

En la tarde de su llegada á esta última ciudad, Méndez mandó separar á los Generales Arteaga y Salazar, á los Coroneles Díaz y Villagómez y al Comandante González, y les anunció verbalmente que serían fusilados al amanecer.

En efecto, al día siguiente, después de tocada la diana, las cinco víctimas recibieron la muerte con el mismo valor y calma que se admiraba en ellos en los días de batalla.

Una sola voz se hizo oír, la de Salazar, quien descubriendo su pecho y enseñando á los soldados la parte donde palpitaba su noble corazón, les dijo con una voz clara y distinta *¡Aquí traidores!* Así cayeron los cinco para no levantarse jamás, y Méndez, abandonando sus cadáveres á la piedad pública, se fué á celebrar su triunfo á Páztcuaro.

Desde este punto envió al Mariscal dos informes conteniendo, el uno, la narración de la sorpresa de Santa Ana Anatlán, y el segundo, la del quintuplo asesinato cometido la víspera en Uruápam.

Ninguna de esas ejecuciones, dignas de un pueblo bárbaro, consiguieron su objeto: Los Generales Alatorre y Méndez conferenciaron en Tlapacóyam, en los primeros días de Noviembre siguiente, acerca de la actitud que debieran tomar en vista de lo que ya no era una criminal amenaza, sino la más negra y horrenda realidad: de los labios de aquellos patriotas no salió una sola palabra que pudiera autorizar sospechas acerca de su merecida fama de aguerridos, valientes y leales: los dos manifestaron su firme resolución de seguir peleando hasta mo-



rir ó triunfar, y en aquella conferencia quedó organizada la defensa de dos zonas importantes que habían de auxiliarse mutuamente para hacer más fructífera la acción de las respectivas fuerzas: la zona de Tezuatlán á Tlapacóyam quedó encomendada al General Alatorre; la de Zacapoaxtla á Papantla, al General Méndez.

Las fuerzas austro-mexicanas, en número de 1,500, avanzaron el día 10 del mismo Noviembre sobre Tlapacóyam, defendido por 500 hombres que Alatorre tenía á sus órdenes: este jefe atrevido y audaz, salió al encuentro de aquella columna, y en el pueblo de Amatlán tuvo verificativo una acción reñida y sangrienta: Alatorre tuvo que ceder á la superioridad numérica, que sólo podía contrarrestarse haciendo heroicos esfuerzos de valor: Alatorre levantó el campo, llevando consigo doce prisioneros, de los cuales tres fueron oficiales mexicanos, un oficial y ocho soldados austriacos: los prisioneros fueron fusilados sobre la marcha, justo castigo impuesto á los que cometían el horrible crimen de traición á la patria.

En las fuerzas de Alatorre hubo que lamentar la muerte del intrépido Capitán José Silva.

Replegada la fuerza republicana á Tlapacóyam, se defendió heroicamente, en cuya defensa sucumbió con honra impidiendo el paso al enemigo, el valiente Coronel Manuel Ferrer, saliendo heridos, entre muchos oficiales y soldados, el Teniente Coronel Pérez y los Comandantes Acuña, Machorro y Córdova.

A las 11 de la noche del día 16 del mes citado, Alatorre se retiró de Tlapacóyam, pernoctando en la Hacienda del Jobo, distante dos leguas del teatro de los sangrientos acontecimientos que habían tenido lugar.

Alentados los austriacos con las dos retiradas de Alatorre, destacaron en su persecución una columna, casi al

amanecer del día 17. Un supremo esfuerzo de los republicanos logró detener el ardor de los asaltantes, quienes dejaron en poder de aquella pequeña cuanto heroica fuerza, setenta y siete prisioneros, todos de nacionalidad extranjera.

A fin de reponer á la tropa y de hacerse de algunas provisiones, Alatorre estableció su Cuartel en el punto llamado "María de la Torre" donde para hacer municiones tomó el plomo de las redes de los pescadores, surtiéndose así, aunque muy escasamente, sus valientes y sufridos subordinados: una parte de ellos, doscientos hombres, quedaron á las órdenes del General Manuel Andrade Párraga, con objeto de impedir el paso del río á las fuerzas imperialistas, y con el resto, Alatorre marchó á Jicaltepec para hacerse de elementos suficientes y poder continuar aquella guerra que sólo tenía una que otra tregua y uno que otro intervalo.

El día 19 en la noche Andrade y Párraga fué sorprendido en el punto que quedó á su vigilancia, perdiéndose por parte de los republicanos, no sólo la acción, sino los pequeños elementos que habían podido reunirse á costa de tantos y tantos sacrificios.

En aquellos momentos, en que ya los prisioneros austriacos eran la carga más pesada y el estorbo más grande, el jefe de la expedición extranjera, Coronel Zahac, invitó á Alatorre para hacer un canje, proposición que fué aceptada desde luego, tanto por deshacerse de los austriacos, como por recobrar Alatorre á sus compañeros de infortunio, entre los cuales se encontraban el Capitán López Limón y el Teniente Rodrigo Cruz.

Al verificarse el canje, Alatorre auxilió á los prisioneros austriacos á razón de dos pesos por plaza para que pudieran llegar á su destino y ¡oh desengaño! el jefe